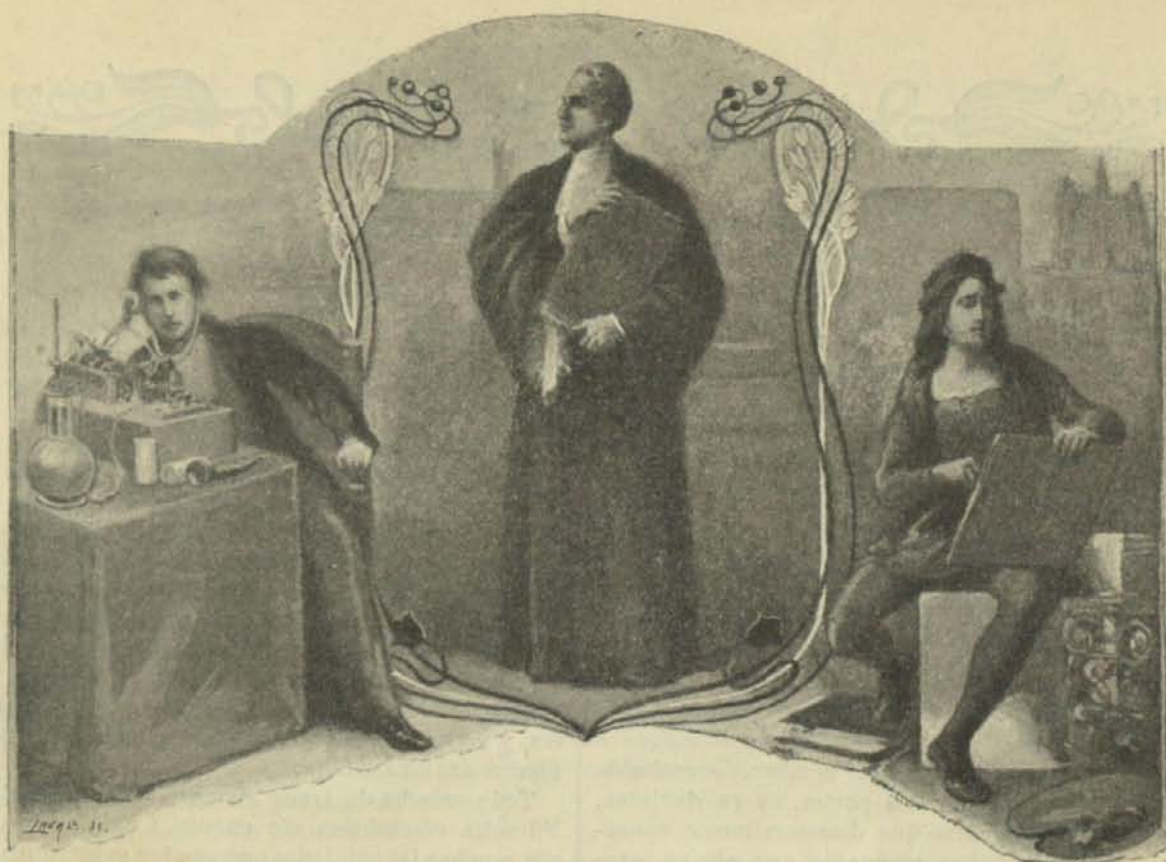




La Instrucción Pública

Revista quincenal

23 FEB. 1973

PEDAGOGÍA, CIENCIA Y ARTE

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR

DIRECTOR: D. A. AUGUSTO VIDAL PERERA

Precio de suscripción: 6 pesetas al año en España y 9 en Ultramar.

AÑO I

BARCELONA 25 DE MARZO DE 1902

NÚM. 6

SUMARIO

La Antropología pedagógica, II, por D. A. Vidal Perera.—Escuela y hogar, II, por D. Pedro Díaz Muñoz.—La instrucción primaria en la aldea ¿debe darse con el mismo criterio y amplitud que en la ciudad?, por D. Ignacio Ferrer y Carrió.—El hacer teórico y el hacer de la experiencia, por D. Eugenio Bartolomé y Mingo.—La mujer pagana, por D.^a Magdalena S. Fuentes.—La Libertad del trabajo, por A. J. B.—Jerusalén, por D. A. Riva de Perlá.—La Escuela en el Extranjero.—Pensamientos.



LA ANTROPOLOGÍA PEDAGÓGICA

II



ALLASE, el hombre, constituido por dos partes, no ya distintas, sino que diametralmente opuestas, en cuanto que por su naturaleza y fin supremo están totalmente distanciadas. El cuerpo es material, conforme todos sabemos, y, por ende, su fin es la muerte; en tanto que el alma, que ostenta el sello de la espiritualidad, es inmortal. Mas ambas partes deben hallarse forzosamente unidas para constituir el ser humano, puesto que la personalidad deja de existir en cuanto la separación sobreviene; sin que valga decir que el cuerpo, quedando sujeto á las leyes de la materia y el alma, como espíritu, viviendo vida eterna, pueden realmente existir separados, pues entonces tendríamos dos entidades divorciadas y, en lo tanto, sin contacto, por decirlo así, condición mediante la cual se constituye la individualidad humana.

El hombre, en la acepción estricta de la palabra, existe mientras alma y cuerpo existen influyéndose reciprocamente. Destruir tal convivencia es aniquilar la personalidad que piensa, siente y quiere.

No intentamos explicar cómo y de qué modo tal influencia se realiza; pero lo cierto es que existe, ya que á cada momento puede comprobarse; y la tenemos nosotros por tan axiomática, como, hoy por hoy, misteriosa, en cuanto que ni las hipótesis de Curwoth, Aristóteles, Leibnitz y Malebranche, ni las de los animistas, vitalistas, organicistas y monistas, nos satisfacen en modo alguno. De aquí que fundemos precisamente la Psicofísica, rama importantísima de la Antropología, no en aventuradas hipótesis, sino en lo que los hechos patentizan. No siendo dable investigar positivamente el porqué de los fenómenos de que hablamos, no es posible dar vueltos á la razón y hemos de caer de lleno en el empirismo, á pesar

de que sólo podamos obtener de él soluciones más ó menos aproximadas á la verdad. «La única resolución de la cuestión—dice Balmes—es el descubrir que no la tiene para nosotros: esto es poco satisfactorio, pero si la ciencia humana no ha de ser un nombre vano para fomentar el orgullo y perder el tiempo, debe conocer sus propios límites, y no habrá progresado poco cuando consiga fijarlos con exactitud».

Todo esto ha de traer siempre al campo de la Filosofía discusiones sin cuento, á causa de que son muchas las opiniones que pueden sustentarse acerca del particular, sin que, y estamos plenamente convencidos de ello, pueda llegarse jamás al terreno de la concordia. Opiniones y sólo opiniones imperan en el mundo, por haber sido éste entregado á la disputa entre los hombres.

Y, sin embargo, el íntimo conocimiento de la relación del alma con el cuerpo, es de suma trascendencia, aparte del que supone de lo que cada una de estas partes es en sí, para que el educador pueda sacar gran partido en sus tareas prácticas, así como que el pedagogo pueda teorizar debidamente.

Es claro, empero, que el maestro puede llevar gran ventaja en muchos puntos al teórico, por hallarse continuamente sobre base de observación. Que los datos que éste á aquél suministra han de ser semilla fecunda, si en sazonado terreno cae, nadie lo duda; pero no se negará tampoco que, en realidad, el educador, para aplicar los conocimientos que la Psicofísica proporciona, y deducir mejores consecuencias para el adelanto de la Antropología pedagógica, dispone de doble campo: la observación interna y la externa; en tanto que, generalmente, el filósofo y el pedagogo apoyáanse en la observación interna. Y entiéndase bien que, con este último nombre, queremos señalar á todos los preceptistas pedagógicos que nunca han descendido, para comprobar sus aserciones, al terreno de la práctica.

La observación interna, desde luego, es en extremo deficiente por sí sola para arrojar luz acerca de lo que tanto importa para el conocimiento de alma infantil y afianzamiento de la Psicofísica. Es imposible, de todo punto, que el niño pueda darse cuenta exacta de cuanto en su interior pasa; del proceso que siguen sus facultades en su des-

arrollo; del modo como pueda notarse algo en lo tocante á la armonía anímica, ó, en fin, de la influencia recíproca ó convivencia que entre cuerpo y alma se observa, puesto que hallándose embrionarias todas las facultades, no tienen aquella plenitud de fuerza necesaria para que puedan conducirlo al descubrimiento de su modo de ser: no es posible llegar al *nosce te ipsum*.

No queremos, con esto, decir que por este solo hecho hayan de desecharse los estudios que eminentes psicólogos han realizado basándolos en la propia observación, no; pero es necesario comprender que si tales estudios tienen gran valimiento para el conocimiento del alma humana en todas sus manifestaciones, no son, en cambio, los más á propósito para que se llegue á la construcción tan anhelada de la Antropología necesaria al educador ó, si se quiere, de la Psicología infantil, la que casi sólo puede alcanzarse mediante la observación externa.

John Stuart Mill, en «Mis memorias», y Carlos Darwin, en su autobiografía «Recuerdos del desenvolvimiento de mi espíritu y de mi carácter», entre otros, tratan muy bien el asunto; pero la fecha de las observaciones arranca de la época en que podríamos decir que aparece la razón en los niños. Véase, si no, lo que dice el último de los autores citados: «Murió mi madre en julio de 1817; tenía yo á la sazón *algo más de ocho años*, y es singular que nada se me acuerde al respecto, como no sea su lecho mortuorio, su mortaja de terciopelo negro y su bufete esmeradamente construido». De manera que las observaciones de Carlos Darwin dan comienzo cuando contaba la predicha edad, sin que le sea dable, al igual que Stuart Mill, aseverar nada relativo á épocas anteriores, precisamente cuando resultarían más importantes las indagaciones; todo lo cual es una prueba más de que es imposible aplicar en absoluto la observación interna antes de que aparezca la razón, para conocer bien el desarrollo anímico del niño.

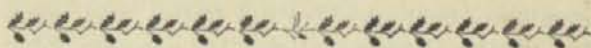
Y esto es muy natural. En nuestra primera edad apenas si nos percatamos de cuanto ocurre en el exterior, no bajo el punto de vista de que no sea perceptible, sino al respecto de poder formar claro concepto de ello y conservarlo almacenado en nuestra memoria explicándonoslo con claridad. Y si esto es así, ¿cómo es posible que pretendamos, en la edad menos á propósito, utilizar facultades adormecidas todavía para investigar hasta lo más recóndito de nuestro ser?

Por otra parte: durante la infancia, la edad más feliz de nuestra vida, aunque pudiéramos, con seguridad no nos detendríamos en escudriñar secretos que para nada habrían de importarnos, más que, si á ello acertáramos, para desvanecer los dulces arrullos de la felicidad que parece circundarnos en la edad primera. Harto corta y difícil es la vida del hombre, aun comen-

zando tarde su trabajo: ¿qué no sucedería si éste empezara apenas venido aquél al mundo? Cada cosa aparece en tiempo oportuno, prueba evidente de la sabiduría del Altísimo.

Así, pues, vemos que no es posible aplicar en modo alguno la observación interna en los primeros años de la vida del ser humano, debiendo acudir á la externa, si se quiere obtener algún resultado práctico y de provecho para el fin que se persigue en lo que á educación concierne. Pero ha de tenerse muy presente que tal estudio no ha de verificarse sin tropezar con dificultades enormes capaces de hacer desistir de la empresa á los que á ella se lanzan sin la preparación debida, ó no sienten el goce íntimo que acompaña á todo descubrimiento que á la posesión de la verdad nos conduzca, puesto que, á más de lo indicado, precisa una fuerza de voluntad intensa para no desmayar ante la labor penosa que la observación de las manifestaciones psíquicas del niño acarrea, asunto de que habremos de ocuparnos en el próximo artículo.

A. VIDAL PERERA.



ESCUELA Y HOGAR

II

PARA entablar, sostener y acrecentar las relaciones entre la escuela y el hogar, el maestro puede servirse de los billetes de asistencia y de los de aplicación, de las asignaturas, de las cartas de satisfacción ó de queja, de las exposiciones escolares, de los exámenes, de las conferencias, de las visitas, de los recibos mensuales, y del periódico escolar.

Billetes de asistencia y de aplicación.—Los billetes de asistencia pueden confeccionarse con trozos de papel que, en sus dimensiones, equivalgan á un octavo de cuartilla y que lleven el sello de la escuela.

Entre el maestro y el padre se determina que los puntos ó billetes de asistencia indiquen la puntualidad; se distribuyen por la tarde, y la no presentación del billete, en la casa paterna, delata la falta de puntualidad.

Los puntos ó billetes de aplicación pueden confeccionarse como los de asistencia, distinguiéndolos con una contraseña, ó pueden adquirirse en el comercio: se reparten por la mañana y por la tarde á los niños que han demostrado laboriosidad en cada sesión; y la no presentación del billete acusa descuido, holgazanería, negligencia, des aplicación; por consiguiente, los padres conocen el proceder de sus hijos.

Asignaturas.—Las asignaturas que comprende

el programa escolar son excelente medio de relacionar la escuela y el hogar.

El niño que ingresa en la escuela, y ha sido destinado á sección, haga un trabajito en cada asignatura de las que son propias del grado en que se encuentra. Si es parvulito y es la vez primera que pisa los umbrales del templo de Minerva, poco podremos coleccionar; pero, si trae algunos conocimientos ó procede de otra escuela, exijamos que, según los casos, escriba una plana, desarrolle por escrito un sencillo tema de Historia Sagrada ó de Historia de España, haga algunos ejercicios de Geometría y Dibujo, resuelva algunos problemas de Aritmética, señale los contornos de algún mapa ó los montes, ríos, vías de comunicación de un país, etc. En el margen de estos ejercicios escritos se anotan el día del ingreso y el nombre y apellido del niño que los ejecutó: se colocan en la carpeta que el maestro abre para cada alumno, y sirven de término de comparación cuando después de haber transcurrido un tiempo prudencial, queremos apreciar los resultados en la enseñanza de cada niño. Previa invitación, los padres acuden á la escuela una vez al mes, un domingo ó cualquier otro día festivo, y el maestro, que ya tiene preparadas las carpetas sobre las mesas, muestra á cada padre los trabajos que su respectivo hijo hacía cuando ingresó, los intermedios y los que en la actualidad hace: se le hace comparar una plana con otra plana, apreciando el adelanto en la forma de letra, en la limpieza de la ejecución, en las reglas ortográficas, en el sentido de la redacción: se le hace ver, por medio de los cuadernos de problemas aritméticos, la precisión y facilidad que el niño ha adquirido en el cálculo, como gradualmente va de lo sencillo á lo difícil: se le ponen de manifiesto los ejercicios que en Geometría y Dibujo ejecutó al ingresar, y los que con posterioridad realiza, advirtiéndole las notables diferencias que hay entre el desaliño y falta de simetría de los primeros, y la limpieza, buen golpe de vista, y exquisito gusto de los últimos: se le hacen notar los defectos propios de la poca práctica al ejecutar los trabajos que, al ingresar, hizo en cartografía, y la relativa perfección con que hoy los lleva á término, abundando en detalles de que antes carecían: y esto mismo puede observarse en las tablas cronológicas, en los cuadros sinópticos de Historia.

De esta manera se consigue que los padres se persuadan de que sus hijos aprenden y de que el maestro es laborioso y tiene celo por la educación de sus alumnos; y esta es la ocasión muy oportuna para que el profesor suplique á los padres que le ayuden en su bienhechora tarea. Este es uno de los mejores procedimientos de propaganda á favor de la escuela, puesto que aquellos padres, que por la mañana han palpado los excelentes resultados en la enseñanza, por la tarde los pregonan en la taberna, en el café, en el casino, en

la tertulia, en la fábrica, en el taller; y contribuyen á que aumente la matrícula, á que el maestro gane en prestigio, y á que las autoridades locales se predispongan á atender las indicaciones que el profesor haga en beneficio de la escuela.

Cartas de satisfacción ó de queja.—Hay padres que muy poco cuidan de la educación de sus hijos; para esos, que no responden á la mensual invitación del maestro; para esos, que no conferencian con el educador, son las cartas un medio de sacarlos del retraimiento: una carta, en que se da cuenta del buen comportamiento del hijo, les halaga; y una carta, en que el maestro se condele de la conducta del hijo, es un sinapismo: buscamos los efectos del revulsivo; que el paciente dé señales de vida; que el padre quiera ver al maestro; que éste encuentre al padre; que el maestro y el padre se conozcan, conferencien, se entiendan, se pongan acordes para cuanto afecta al problema educativo; que el padre secundé la acción del educador.

No hablamos de las cartas consideradas como premio ó castigo, sino como medios de estrechar las relaciones entre la escuela y el hogar.

Exposiciones escolares.—Los trabajos que los niños ejecutan expónganse trimestralmente: se invita particularmente á los padres de los niños y á las autoridades locales; al público puede invitarse por medio de la prensa, si se publican periódicos en el pueblo; y en caso contrario, por medio de un pregón en los pueblos de corto vecindario. El maestro tenga paciencia para hacer que los visitantes se fijen en detalles; que pasen del mamarracho á la obra perfecta para que aprecien el adelanto de cada alumno. La exposición puede tener lugar durante las vacaciones de Navidad, de Carnaval, de Semana Santa, de la fiesta mayor de la localidad, de las ferias, etc.: nos proponemos que, por espacio de unos ocho días, todos visiten la escuela, se convenzan de que se trabaja con provecho, y de que á la obra de la educación deben prestar su concurso los padres, los maestros y las autoridades.

A los exámenes es aplicable cuanto decimos de las exposiciones escolares.

Las conferencias.—En la escuela, en los centros *ad hoc* y en los casinos, pueden darse conferencias quincenalmente; y aprovechando la ocasión de tener congregados á muchos padres de familia, el maestro, entre la variedad del asunto, introduzca con maña algunas cuestiones pedagógicas: hable de la necesidad de educarse para merecer la estimación de las gentes, para representar un airoso papel en la sociedad, para tener medios con que atender á la subsistencia, etc., etc.: y demuestre cuánto conviene que padres y maestros se unan para conseguir el fin que la escuela persigue.

Las visitas.—El maestro visite á los padres de los niños, y la visita tenga carácter pedagógico, aunque en apariencia no se presente con este ma-

tiz. Mil ocasiones tiene el profesor para tender el puente que una la escuela y el hogar: la visita con motivo de la enfermedad del niño, del padre ó de la madre; la visita con el pretexto de un funeral; el encuentro que en la calle ó en el paseo parece casual y es *intencionado*: todas son oportunidades para que el maestro «lleve el agua á su molino»; todas son circunstancias que debe aprovechar para hablar del comportamiento del alumno y para dictar reglas concernientes al mejor éxito del proceso educativo.

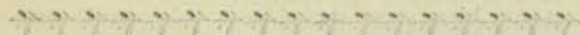
Los recibos.—En las poblaciones en que el maestro percibe directamente de los niños la retribución, puede servirse del recibo mensual para manifestar á los padres la conducta escolar del hijo: en el recibo se consignan la puntualidad, la aplicación, el progreso que durante el mes se ha observado, las inclinaciones, el carácter, etc.

El periódico escolar.—Un periódico mensual confeccionado por los alumnos de la escuela, y en el que se reflejaran los esfuerzos del educador y de los educandos, sería medio excelente para anular la distancia entre padres y maestros: no lo podemos recomendar porque se nos tendría por visionarios; la angustiosa situación por que atraviesa el Magisterio español no permite implantar este procedimiento. Sin embargo, en la provincia de Gerona, el maestro de la escuela de Ripoll, con un entusiasmo que nos enamora y con un desprendimiento que admiramos, sostiene una revista cuyos redactores son alumnos de 9, de 10, de 11 y de 12 años: lo consignamos con viva satisfacción porque la honra de los beneméritos maestros de la provincia de Gerona es nuestra propia honra.

Lo expuesto es suficiente para demostrar que al alcance del maestro hay medios para entablar, sostener y acrecentar las relaciones entre la escuela y el hogar.

PEDRO DÍAZ MUÑOZ

Profesor de la Escuela Normal de Salamanca.



La Instrucción primaria en la aldea ¿debe darse con el mismo criterio y amplitud que en la ciudad?

El hombre, ser social, inteligente y libre, debe en su actividad cumplir los fines que cada uno de estos tres caracteres le impone, si desea ser hombre, esto es, si desea en el despliegue de su vitalidad ser lo que debe ser.

En el desarrollo, que bien podemos llamar fatal, que se inicia en su parte corporal desde que viene al mundo, es un hecho en el cual, bajo el punto de vista puramente vital, no tiene arte ni parte; mas bajo el punto de vista de su existencia anímica,

esto es, en cuanto á la relación íntima que hay entre el alma y el cuerpo, su acción se siente más ó menos según la energía con que la ejerce.

La sociabilidad por una parte y la libertad por otra le llevan imprescindiblemente al conocer, ó al conocimiento, y quieras, que no, ha de cultivar su inteligencia dando á este cultivo mayor ó menor extensión según las condiciones en que, en virtud de su posición social, se encuentra. Esto significa que todos debemos dedicarnos al cultivo de nuestra facultad intelectual y que en él cabe una variedad suma de gradaciones.

Ahora bien ¿es igual la posición social en los hombres todos? puede determinarse, más ó menos hipotéticamente, lo que será de cada uno en el porvenir? puede, por lo tanto, presagiarse su esfera de acción? depende esto de la finalidad del medio que todo hombre dispone cual es su cuerpo? Preguntas son estas que envuelven una serie de problemas cuya solución nos ha de facilitar la del que comprende el título con que se encabeza el presente escrito.

¿Es igual la posición social en los hombres todos? No por cierto, y hay una suma tal de gradaciones que es muy difícil determinarla; no obstante, puede decirse en términos generales que cada uno acusa una esfera de acción propia, y por ende, un desarrollo ó desenvolvimiento también propio.

¿Puede determinarse, más ó menos hipotéticamente, lo que será cada uno en el porvenir? No por cierto, porque depende esto de tantas y tantas circunstancias, y estas á veces tan eventuales, que es imposible determinar la esfera de acción dentro de la cual girará cada individuo. En ocasiones, puede vislumbrarse, pero la historia de la vida de cada uno de los individuos de la sociedad humana á ser posible, ó más que posible, fácil hacerla, nos revelaría una variedad tal de desenvolvimientos que sobre admirarnos nos dejaría completamente perplejos. Si las circunstancias á que nos referimos dependieran de hechos fijos y ciertos, podríanse tomar como base de cálculo, pero como dependen de hechos que se determinan no sólo por la acción del individuo, sino que también por la ejercida mutuamente por los individuos en sus relaciones sociales, interviniendo en ello así la parte que podríamos llamar material, como la moral, de ahí que toda suposición ó hipótesis que se haga ha de resultar, tal cuales, esto es, hipotética ó problemática.

Cuanto acabamos de manifestar nos revela que es casi de todo punto imposible presagiar en qué esfera de acción va á moverse cada individuo dependiendo ello de tantas y tan especiales circunstancias que, por lo imprevistas que son no pocas veces, ocurre en muchas ocasiones el vice-versa de lo que se había presumido.

Ante tal incertidumbre, ante tal variedad compréndese que no se puede en esta materia calcu-

lar como en matemáticas y por lo tanto se ha de ver, si en cuanto á lo que da de sí el hecho se puede sentar ó formular algo que sirva como de base ó principio general.

Considerando el hombre en su infancia y como sér que ha de tener un desarrollo, compréndese que ha de cunipir un fin, y aunque éste sea en todos los hombres igual, porque al mismo van en último resultado por ley propia de la humanidad, no obstante hay que fijarse en lo especial ó particular para comprender el que cada individuo tiene, como tal individuo, y no al que se ha asignado á la humanidad como colectividad.

Por esta razón al proporcionarle los conocimientos pertinentes para que el desarrollo en cada individuo se realice tal cual debe realizarse, y se dirija á su fin propio, puede partirse del principio general que á todos comprende, y sujetándose á él, iniciarle en todos cuantos en su día puedan serle útiles, ó cuando menos ilustrarle. De este modo en las distintas composiciones de lugar que cada individuo pueda formarse respecto á la esfera de acción dentro de la cual le parece que girará ó podrá girar tendrá datos suficientes con los cuales se guiará en la senda que emprenda.

Sentado esto, la contestación á la pregunta formulada en el epígrafe del presente artículo habrá de ser la siguiente: que considerado el hombre, como hombre, y ante la incógnita de su porvenir, la instrucción primaria habrá de proporcionarse por igual á los niños todos. Extrañará acaso esta afirmación tan absoluta, pero si se tiene en cuenta que aquí nos referimos al individuo independientemente de las circunstancias que le rodean y por tanto, á su aptitud por una parte, y á las iniciativas que por la misma pueda tomar en virtud de los conocimientos que se le proporcionan, se comprenderá que hayan de facilitarse igual caudal de conocimientos elementales á todos.

La localidad no influye en el talento ó en la facultad intelectual en su primera evolución, la localidad influye en proporcionar medios más asequibles para desarrollar las aptitudes todas despertadas ó iniciadas en virtud de los conocimientos generales y elementales ó rudimentarios, si se quiere, dados á los niños; por esta razón ni el criterio que ha de dominar al proporcionar al niño cuanto integra la instrucción primaria, ni la amplitud con que ha de dársele ésta, han de ser distintos en la aldea y en la ciudad, ha de ser la misma, porque el niño, ó en otros términos el hombre, es en su esencia ó naturaleza igual en todas partes, en todas se presenta con iguales facultades anímicas, y ante esta consideración no caben distinguos: hay que ver al hombre y sólo al hombre, y como éste no es distinto en su esencia por haber nacido en una aldea ó en una ciudad, de ahí que tampoco quepa distinción en lo que ha de ser base y fundamento del desarrollo de sus facultades anímicas.

La distinción no está en la localidad, está en el hombre mismo, en su capacidad ó en su aptitud, y ésta, con tal que se trabaje para despertarla y educarla convenientemente, el complemento vendrá después de ya iniciada, y entonces entra en efecto la influencia de la localidad para facilitarle los conocimientos y desarrollo que exigen unos y otro, porque en una aldea no puede el hombre encontrar, por la naturaleza de la misma, las facilidades que encuentra ó puede encontrar en una ciudad.

En la aldea la esfera de acción es muy reducida, en la ciudad es muy amplia, tanto, que permite el completo y hasta puede decirse en cierto modo perfecto desarrollo de las aptitudes todas, y la plena satisfacción de las aspiraciones á que en virtud de las mismas se tiende. En este y no en otro punto de vista hay que ver la distinción, porque hasta el presente el talento no ha sido patrimonio exclusivo de la aldea, ni de la ciudad. Lo mismo puede aparecer en una que en otra, y si bien á primera vista parece que es más propio de los grandes centros de población que de los pequeños, se debe esto á que en éste no abundan tanto los medios de que puede echarse mano, para ampliar ó completar la instrucción primaria, así como en las ciudades, y particularmente en las grandes, se encuentran los que se desean.

Al hombre, pues, ó al niño hay que tratarle por igual así en la aldea como en la ciudad en lo referente á proporcionarle los conocimientos primarios y generales que han de despertar ó remover, si así puede decirse, sus facultades anímicas, ó en otros términos sus aptitudes ó capacidad, porque en una y en otra hay que considerarle como hombre ó como el individuo de mañana en la sociedad humana; la aldea ó la ciudad sólo se distinguen en poder proporcionar mayor ó menor suma de conocimientos para que las aptitudes iniciadas encuentren su debida satisfacción, ó puedan desarrollarse tal cual les es pertinente.

Ahora bien, como complemento de cuanto acabamos de manifestar deberíamos ocuparnos en el como en la aldea se puede proporcionar al niño la mayor suma de los conocimientos que al parecer integra la instrucción primaria, pero lo dejaremos para otro artículo dada la extensión que ha alcanzado el presente.

IGNACIO FERRER Y CARRIÓ.

EL HACER TEÓRICO Y EL HACER DE LA EXPERIENCIA

Es muy frecuente en nuestro país, para desgracia suya, al tratar de hacer una carrera cualquiera, dedicarse á los estudios teóricos por espacio de algunos años, sin cuidarse para

nada de lo principal, esto es de lo que ha de constituir la práctica de la carrera misma, ó todo lo más concediendo á este ejercicio escasísima importancia.

En la conciencia de todo el mundo está el resultado de esta manera de proceder, cuyas consecuencias no han podido ser más desastrosas, viéndose á cada paso centenares de abogados, maestros, doctores en todos los ramos de las ciencias, arquitectos é ingenieros perfectamente dispuestos para exponer elocuentemente las mejores teorías científicas, pero incapacitados en la esfera del hacer práctico.

Los hombres de nuestro parlamento están reputados como los más elocuentes del mundo. En nuestras academias se discute todo lo discutible, haciendo verdadero derroche de palabrería vana, gastando un tiempo precioso en la metafísica de las cosas, mientras la física, que es la primera en manifestarse, yace como avergonzada y oculta en el rincón de lo desconocido, sin que nadie se ocupe de ella, siendo precisamente la base fundamental de todo el organismo científico y metafísico.

Teorizar y más teorizar por todas partes, discursos elocuentísimos para tratar la ciencia y el arte en la más alta esfera de la abstracción, libros voluminosos en los cuales se estudia de memoria la ciencia hecha, aprendiéndola como dogma cristalizado, que no admite réplica ni discusión alguna, subordinándose ciegamente á la palabra del magister dixit: he aquí sintetizada la obra de la educación española durante el siglo XIX, excepción hecha en favor de unos cuantos casos particulares, cuyo número insignificante, apenas si es conocido entre las gentes llamadas cultas.

La experimentación ha brillado por su ausencia en el hacer científico. Los hombres prácticos han sido considerados casi con desprecio, como personas de corto alcance, como hombres siervos de los teóricos é incapaces de penetrar en el santuario de la ciencia, quedando reducidos á la mínima expresión de sencillos amanuenses, sin voz ni voto, ni personalidad alguna en las deliberaciones que trae consigo la complejísima labor del pensamiento.

En vano la filosofía popular sostiene el antiguo adagio de que la experiencia es madre de la ciencia. Nada significa tampoco el dicho de Kant en su «Crítica de la Razón pura», afirmando que todo conocimiento propio ha de empezar necesariamente por la experiencia. Hacemos, en una palabra, caso omiso de los buenos ejemplos que nos ofrecen Claudio Bernard, Cajal, Paul Bert y otras eminencias que deben su justa celebridad á sus trabajos de continua experimentación.

Por otra parte, la falta de actividad en el espíritu ha engendrado nuestra pereza intelectual, inutilizando á aquél para la producción del pensamiento; y como es una necesidad humana ali-

mentar el espíritu como se alimenta el cuerpo, el que no dispone de medios propios ha de alimentarse naturalmente de los ajenos, originándose de ésto ese cómodo y eterno vivir de prestado, sin cuidarnos para nada de que usurpamos lo que pertenece á otro y sin tener en cuenta que faltamos á un deber moral no contribuyendo al progreso en la medida que lo permiten nuestras energías individuales.

Impónese un cambio radicalísimo en nuestra manera de proceder respecto de la educación nacional si queremos dar señales de arrepentimiento sincero á nuestras culpas pasadas que estamos purgando há tiempo con nuestras continuas desdichas.

Capacitar para el hacer, en primer término, y después obligar á decir lo que se ha hecho y cómo se ha hecho, ha de ser el punto de partida de la educación del niño, desde que ingresa en la primera escuela hasta que termine en la última, llámese universidad científica ó literaria ó llámese escuela de agricultura ó de industria, según lo exija la vocación del educando, bien determinada en el proceso de su preparación individual.

Hacer más que decir, practicar más que teorizar, leer en el gran libro de la naturaleza y penetrar en su interior contenido, observar los fenómenos del mundo y aun provocarlos, si es posible, para inducir la ley á que obedecen; experimentar, en suma, y recoger de la experiencia abundancia de materiales ó informarlos en representaciones intelectuales, este es el mejor procedimiento que conduce á la elaboración del conocimiento propio, el cual, si en los comienzos es empírico como no puede menos de ser así, el trabajo del intelecto mediante la reflexión y las demás facultades mentales auxiliadas por la lógica, lo convertirán en conocimiento científico para ser después organizado y elevado á la superior categoría de teoría ó ley, reguladora á la vez de nuevas experiencias y nuevas representaciones.

Una teoría así formada y siempre reatificándose en la medida que lo exigen otros nuevos puntos de vista y lo permiten mejores procedimientos de investigación experimental, es la única que puede garantizar el éxito de nuestros trabajos, por lo mismo que tiene su fuente en la esfera de la realidad; y siendo obra de propio esfuerzo, eleva nuestra condición moral, á la vez que nos redime de la tutela ajena, á la cual de otra suerte estaríamos subordinados.

No quiere esto decir que rechacemos en absoluto las teorías de los hombres que nos precedieron en este género de trabajos, siempre útiles, porque revelan muchos sacrificios llevados á cabo en beneficio del progreso y de la ciencia de que todos nos aprovechamos. Lo que deseamos manifestar es que si admitimos una teoría cualquiera, por buena que sea, debemos hacerlo con carácter provisional y supletorio, en tanto que nos capacita-

mos para la nuestra; y cuando nos sirvamos de la ajena debemos colocarnos en idéntica situación á la en que estuvo el que la formó primero y aun preparar los mismos elementos para que nos den la misma resultante.

No hacerlo así es vivir de prestado, que es lo que nos condena á eterna servidumbre; á ser tributarios de todo el mundo en todos los ramos de la producción humana; á ser menores de edad por un tiempo que no acaba nunca; á ir marcados con el estigma del esclavo que piensa por ajeno dueño, contra lo cual debemos luchar á todas horas, á fin de que nuestras producciones, buenas ó malas, lleven impreso el sello de la propia personalidad.

Entre el teórico literario que jamás ha practicado ni visto por consiguiente las dificultades de las hermosas teorías que sustenta y el hombre verdaderamente práctico que sabe observar y se entrega de lleno á los trabajos de la experimentación constante, hay la misma diferencia que entre el saber positivo y el saber de referencia, cuya legitimidad corresponde de hecho y de derecho al que en lucha abierta contra los elementos que le rodean supo vencerlos, subordinarlos y disponerlos para que le sirvieran de materiales en la nueva obra que emprenda, tanto más meritoria y satisfactoria cuanto mayores sean las dificultades que se presenten en el camino.

En la esfera de la educación por ejemplo, y en general en todo aquello que ha de servir de norma para todo trabajo científico, lo mejor y más acertado es lo que hace el naturalista, el físico, el químico y el sociólogo, esto es, no tomar la ciencia hecha, sino formarla uno mismo, como aconseja Claudio Bernard y así parecen indicarlo los escasos ó nulos resultados obtenidos hasta ahora con la ciencia estadística que ostentan nuestros títulos universitarios, más á propósito para envanecer la fantasía que para nutrir el espíritu y satisfacer las necesidades de la vida.

EUGENIO BARTOLOMÉ Y MINGO

(Madrid.)

LA MUJER PAGANA

BASTA estudiar con algún detenimiento la historia antigua, narrada con ese espíritu escrutador y filosófico con que hoy se escribe, para comprender que, si bien la suerte de la mujer fué muy diversa en los distintos pueblos tanto orientales como occidentales y estuvo en relación con el modo de ser de cada nacionalidad ó raza, nunca fué tan triste y degradante como los antiguos historiadores han supuesto.

Los estudios llevados á cabo por los modernos orientalistas demuestran esta verdad.

Sensible es la pérdida de los volúmenes de Her-

mes y de los libros Zend-Avesta, encarnación de los pueblos egipcio, medo y persa, porque en ellos hubieran podido encontrarse datos exactos y curiosos acerca de la condición de la mujer en aquellas remotas edades. Sin embargo, los egiptólogos la presentan en el Kemit como verdadera *nibít piron*, dueña de su casa; y no sólo era jefe del hogar doméstico sino que heredaba el trono y dirigía los asuntos públicos.

Al mismo tiempo la civilización india grababa en el código de Manú los siguientes preceptos: «Cuando las mujeres son respetadas, las divinidades se muestran propicias: cuando no se las respeta, son estériles los actos de piedad.» «Sólo es



hombre perfecto el que se compone de tres personas reunidas: su mujer, él mismo y su hijo;» todo lo cual arguye que su destino no fué tan duro y terrible como se ha creído en un pueblo que cuenta entre sus proverbios más conocidos el de: «No hieras ni aun con una flor á la mujer culpable de cien faltas».

Sin embargo, no comienza á adquirir verdadera estimación hasta que el legislador de los hebreos enseñó á considerarla no como un objeto útil ó sensual, sino como carne de su carne y hueso de sus huesos; por lo que, aunque algunas veces se encuentra sometida á la más humillante esclavitud, generalmente comparte con el hombre la dirección de los asuntos del hogar y del estado.

Grecia es el lazo que reúne civilizaciones tan antitéticas como las orientales y occidentales y

allí, cual en Roma, al lado de las costumbres que nacen, subsisten los usos antiguos, las creencias de otros tiempos, el modo de ser de otras naciones. Por esto el principio de Platón que basa la filosofía moral en el bien supremo, se aúna con el politeísmo que puebla el Olimpo de dioses imperfectos y viciosos; al lado de la libertad más absoluta se halla la esclavitud más denigrante; al lado, en fin, de la noble matrona se ve á la *hetera* y sirviendo á una y otra á la infeliz esclava que gime bajo el más tiránico de los yugos.

Muy diferente era el modo de ser de la aristocrática matrona y de la libre cortesana. La primera cifraba toda su dicha, todo su anhelo en los puros y santos goces del hogar, cuya dulzura á nada es comparable. La educación influía indudablemente en la austeridad de sus costumbres. Desde niña le hacían comprender que su misión era labrar la dicha de los suyos y el engrandecimiento de la patria con la abnegación más estoica, y, llegando á identificarse con estas ideas, que echaban hondas raíces en su espíritu, la dama griega, recluida en el apartado *gineceo* era feliz, mil veces más feliz que la *hetera* en medio de sus ruidosos triunfos, cuando sedienta de placer y alucinada por su libertad buscaba la instrucción como medio de comunicarse con los hombres, discutía con los filósofos, penetraba en las ideales esferas del arte y en las altas regiones de la ciencia y, sin advertir su humillación, llegaba á la exhibición de su belleza para que el hábil artista grabase en el mármol ó trasladase al lienzo las formas destinadas á deificar las virtudes de la matrona, sin rival.

Ansioso el pueblo romano de extenderse y avasallar el mundo por el poderoso empuje de sus legiones da á la familia un carácter político-religioso, adecuado para la guerra. El *pater familias* era omnímodo señor de vida y muerte de cuantos se encontraban bajo su dominio. La mujer adquirida por compra, cuando no procedía del rapto, sólo podía esperar cambiar de dueño al pasar del poder de su padre al de su esposo; estaba condenada á no tener personalidad; y aunque estas leyes y, sobre todo, estas costumbres se vieron con el tiempo modificadas, jamás llegó á tener en el derecho constituido otra consideración que la de hija de familia sujeta á la potestad de su marido. Sin embargo, el amor dulcificó su suerte y el noble romano, relegando al olvido ó al uso casi exclusivo de la plebe la coacción, celebra sus matrimonios con la solemnidad etrusca de la confarreación; convierte su hogar en un santuario, en el que al mismo tiempo que á los lares y penates, da culto á la familia; y, de este modo, la mujer, que por el derecho era su esclava, llega á ser *socia rei familiaris atque divina*.

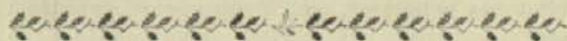
La misma estimación y aprecio tributó la sociedad á la austera matrona; y Roma, haciendo justicia á las virtudes privadas y públicas que en

ella brillaban, eleva la galantería á la altura de precepto, decretando que los hombres cedan el paso á las mujeres, á aquellas mujeres que no vacilaban en perder á sus hijos para conquistar la gloria de su patria, ni en desprenderse del dinero y de las joyas para llenar las exhaustas arcas del erario público.

Sin embargo, la dignificación total de la mujer no se verificó hasta que el cristianismo vino á ennoblecirla. Compañera y no esclava del hombre fué desde entonces la égida de todas sus empresas. Por ella los paladines rompieron lanzas en los torneos y realizaron gloriosas hazañas los caballeros del rey Pendragón; por ella renacieron las artes perdidas, pulverizadas por la irrupción de los pueblos septentrionales; por ella surgió la lírica para cantar ante todo en las incomparables estrofas del *Stabat Mater*, los Dolores de la Virgen, antes que la bella y los amores terrenos; por ella pulsaron los trovadores sus citharas al pie de los castillos medio-evales; por ella se iniciaron las cortes de amor y las justas de la risueña provenza; por ella las galantes fiestas de la Italia del renacimiento; por ella grabó el cincel de Gubbio las copas amatorias; por ella se immortalizaron los pinceles de Rafael y Murillo y las plumas de Alighieri y de Petrarca.

Tan sólo el orbe cristiano ha sabido dignificarla y ennoblecirla, rindiendo homenaje á María, de la cual, como de pura y cristalina fuente, nacen todos los privilegios, todos los honores tributados á la mujer, por ver reflejarse en ella la abnegación, las gracias y virtudes de la Virgen, que tan dulce y poético encanto dan á la familia cristiana.

MAGDALENA S. FUENTES



LA LIBERTAD DEL TRABAJO

Ex los dos artículos que consagramos á estudiar la producción y reparto de la riqueza, no pudimos discurrir más que de pasada sobre un problema importantísimo, ligado estrechamente con los dos aspectos bajo los cuales consideramos aquella cuestión, problema que sintetizamos en el epígrafe del presente artículo.

Para que el trabajo se efectúe bien, con prósperos resultados, y pueda ser beneficioso á cuantos en él intervienen, ya dijimos que es preciso que se haga con toda libertad, sin coartar la acción de patronos ni obreros, sino en cuanto se aparten del cumplimiento de las leyes vigentes, ó de lo por éstas prescrito en materia de tributos y de la regularidad y condiciones del trabajo en relación á los intereses ajenos, á la higiene y á la explotación de menores.

Toda intrusión entre las partes contratantes la conceptuamos nociva y atentatoria á la libertad humana; empresarios y obreros deben ser perfectamente libres en su manera de proceder, y en aceptar ó rechazar las proposiciones respectivas, como á negarse unos y otros á proseguir el trabajo si no consideran oportuno continuar ejerciéndolo en determinadas condiciones.

De ahí se deduce que las huelgas constituyen, en nuestro sentir, un perfecto derecho por parte de los obreros, como lo tienen así mismo los patronos cuando el trabajo no sea remunerador, cuando falten ó sean harto caras las primeras materias, ó cuando sobren mercaderías en los almacenes.

Sobre todo esto juzgamos imposible legislar, porque nadie puede obligar al trabajo á quien prefiere holgar, ni nadie puede obligar asimismo á arruinarse, persiguiendo en una elaboración que ocasione pérdida en vez de beneficio.

Y permitásenos aquí una pequeña digresión; en más de un caso, en más de cien, esos *pícaros* patronos, calificados uno y otro día de vampiros, han sufrido pérdidas totales ó parciales de su capital, por empeñarse en seguir elaborando en malas condiciones á causa de guerras, pestes ó bruscos cambios en los precios, para no despedir á sus obreros, y evitarles una espantosa miseria en sus hogares.

Si la historia de esas luchas se escribiese por personas imparciales, y no por interesados en divorciar elementos que debieran ser homogéneos, al lado de esos sacrificios extraordinarios á que antes hemos aludido, podríamos consignar pensiones de retiro concedidas, elementos y recursos para montepíos, escuelas primarias, museos y bibliotecas populares, etc., instituciones debidas á muchos patronos beneméritos; actos laudables que de intento se oscurecen por los que ponen todo su empeño en ahondar las diferencias entre los co-participes del trabajo, con miras político-sociales, que mucho se diferencian de las nobles aspiraciones encaminadas á la mejora y armonía en las relaciones entre la mano de obra y el capital.

Volviendo á las huelgas, creemos prudente que el legislador se preocupe de evitar toda clase de coacciones que puedan mermar la libertad de todos; que castigue severamente la transgresión, y que organice, como se hace en muchas naciones extranjeras, tribunales que, amparando los derechos de las partes, transijan y concilien, sin hacer obligatorio este arbitraje para quienes á él no quieran someterse.

Esos arbitrajes, bien organizados, podrían ser de beneficiosa influencia para armonizar imparcialmente los intereses de unos y otros, sin la pasión que engendra la defensa en causa propia, razón por la cual, si en ellos hubiera representantes de las partes que estuviesen en litigio, deberían ser superadas en número por personas imparcia-

les, delegadas por la autoridad, que pudiesen juzgar con serenidad y desapasionamiento.

Organizar el trabajo oficialmente es para nosotros un despotismo y resulta contraproducente; y no sólo lo vemos así según nuestro criterio, pues al informar Pablo Iglesias, el conocido socialista español, acerca la legislación sobre huelgas, así opinaba al declarar inadmisibile para los obreros la intrusión del Estado en estas cuestiones, pues de este modo podría prevenir con tiempo á los patronos, y requerir la fuerza pública contra las turbulencias que las huelgas pudiesen acarrear.

No es de esta opinión, según parece, nuestro amigo el diputado señor Roig y Bergadá, quien se ha mostrado en el Congreso poco afecto á la libertad del trabajo, pidiendo la ingerencia del Estado para la fijación de los jornales y la regularización del trabajo, mostrándose partidario de los arbitrajes obligatorios, rechazando los medios morales para atenuar la aguda enfermedad social, y confiando sólo á la acción arancelaria la mejora del trabajo, por medio de la protección á la industria nacional.

Nos duele que el señor Roig y Bergadá, que posee claro talento y vasta ilustración, que tan buenas cosas dijo á propósito de la cuestión regionalista, y tan merecidos aplausos obtuvo entonces, plantee ahora la cuestión que nos ocupa en términos radicales, que han de ser rechazados por los patronos y dudamos los acepten los socialistas, como en Francia rechazan los exaltados, que son los más, las leyes eeléticas que propone su correligionario el Ministro de Comercio Mr. Millerand.

Además, los Aranceles son una parte en la protección al trabajo nacional; sin los demás factores que la integran no cabe su progreso y desarrollo; y como España si quiere exportar ha de importar, si sus leyes son prohibicionistas, en la misma moneda corresponderán las demás naciones, arruinando su Agricultura, su Industria y su Comercio.

¿Cómo puede defenderse que el patrono no sea libre en su casa de admitir ó despedir á los obreros que tenga por conveniente?

¿En qué ley de castas puede apoyarse quien justifique las intrusiones en este particular, sean del Estado, sean de los Tribunales arbitrales, sean de los Sindicatos obreros?

¿Quién puede sostener que cada patrono no sea libre de trabajar en su casa con orden y método que le sean propios, y no con orden y método que le sean impuestos?

Por esto proclamamos una vez más la libertad absoluta que debe haber en la acción del trabajo para cuantos en él intervienen, sean quienes fueran.

Hemos dicho antes y repetimos ahora, que incumbe al Estado defender al común de las gentes de los abusos que el trabajo pueda irrogarles, con ruidos violentos, malas condiciones de motores y

calderas, miasmas perjudiciales á la salud; regular el trabajo de mujeres y niños, para que la codicia ó la necesidad no agoten tempranamente organismos delicados ó al alborear su desarrollo; y finalmente, prevenir las violencias que á pretexto de las huelgas puedan cometerse, y favorecer la constitución de Juntas arbitrales en condiciones tales que su ingerencia en las contiendas del trabajo pueda ser voluntaria, eficaz y saludable.

También cabe sea función del Estado y del poder legislativo, crear ó impulsar las instituciones encaminadas á favorecer al obrero por medio de la mejora y abaratamiento del alimento y del albergue, las que tiendan á su emancipación moral é intelectual, por la difusión de la Instrucción primaria, completada con museos, bibliotecas y centros de verdadera y civilizadora expansión, montepíos y cajas de ahorros para curarse en salud de la vejez y la decrepitud, sin olvidar lo pertinente á los accidentes del trabajo, iniciado por el señor Dato, con indudable gloria para él y el partido conservador.

Ya sabemos nosotros que el señor Roig y Bergadà, como los que militan en el antiguo partido *progresista*, no creen en la doctrina de prevenir en vez de reprimir; pero gracias á esto los conservadores han sido muchas veces en España más progresistas de verdad, pues han prevenido con instituciones y reformas problemas económicos que los liberales no han creído del caso acometer, ó por dejar su resolución al decurso del tiempo, ó por creer preferible extirpar sus males después de revelados.

Será siempre un timbre de gloria para Cánovas y Navarro Reverter haber promulgado los Aranceles de 1891, que tanta eficacia han tenido en el desarrollo del trabajo en beneficio de todos, capitalistas y obreros.

Respecto á la influencia moral que se rechaza por inútil ó impertinente en cuestiones de intereses, nos parece un error; es verdad que en este punto todo se reduce á *Aritmética*; mas nosotros opinamos que sólo con ella no han de resolverse los áridos problemas que nos preocupan, mientras al lado de la *Aritmética* no se tenga en cuenta el *Catecismo*; claro es que á una lo rechazan los Patronos que quieren explotar y los obreros que quieren imponer; es natural que no agrade al rico á quien los preceptos de aquel pugnen con su conducta, y al pobre que cifre toda la felicidad en los bienes materiales... de todos modos, un rocío de conformidad con la voluntad de Dios, puede hacer mucho bien para concertar la de los hombres, y aminorar la fiereza de sus luchas.

Y continuando lo referente á las huelgas, hemos de pronunciarnos en contra de la solidaridad entre oficios distintos, como atentatoria á los derechos de todos, y nociva á los obreros por los perjuicios inmediatos que ha de causarles; atentatoria al mis-

mo tiempo á su dignidad, pues han de ser juguetes del capricho de cualquiera que instigue á un gremio ó sociedad, extraña y heterogénea á su trabajo y á sus particulares conveniencias.

Respecto á la Asociación entre los obreros de un oficio ó manufactura determinadas, nos parece no sólo natural sino plausible, hasta como medio de resistencia, mientras sea voluntaria, pero nos parece muy mal el obligar á asociarse á quien no le plazca; los antiguos Gremios, que comprendían patronos y obreros, y constituían asociaciones patriarcales, respondían admirablemente á la armonía de clases; hoy cada una tira por su lado, y como hay que discurrir ante la evidencia, fuerza es reconocer que se impone la asociación, pero á todos, patronos y obreros, con sus ventajas y sus inconvenientes.

Los ensayos hechos de ceder una parte de los gananciales de los empresarios entre sus cooperadores, medio que podría ser base para volver á aquellos Gremios en la forma que requiere la época presente, no pueden dar gran resultado mientras la lucha sea ardiente, y no se depongan los prejuicios que se inculcan á la clase obrera; además, es un procedimiento difícil entre los pequeños industriales, por coartar su marcha con inspecciones molestas, que atentan á su libertad y autoridad.

Y vamos á terminar esta ya larga disquisición, hablando un poco de la jornada de ocho horas, bandera del partido socialista.

Enemigos de todo principio radical y absoluto, pues en la vida todo es relativo y contingente, nos parece ese programa irrealizable é injusto, porque no se basa en la realidad.

En la variedad de trabajos en que el obrero se ocupa, industria hay que fatiga sus miembros ó perjudica su salud en una sesión continua de cuatro horas, y otras, que cabe soportar durante doce; esa igualdad será siempre ilusoria, mientras los hombres no sean todos iguales, las cosas homogéneas, y cese, que no ha de cesar, la variedad continua en los sucesos, las producciones, la prosperidad de pueblos é individuos, y hasta la naturaleza y el clima en todas las partes del Mundo.

Pedir más salario cuando las necesidades de la vida lo exigen, es lógico; pedir trabajar menos de lo soportable no lo es; y no se diga que se hace por altruismo, que esto resulta contraproducente, pues cuanto más se pague y menos horas se trabaje en un país, más afluirán á él los obreros, y más habrá sin ocupación, haciendo inútil el sacrificio de aquél, y, el encarecimiento de la mano de obra.

La jornada de ocho horas la comprendemos como *mínimum* de trabajo, no como *máximum*, y mientras no se desista en una ú otra forma de esta pretensión, ni el trabajo será libre, ni sus resultados fructuosos, en detrimento de obreros y

patronos, y en daño manifiesto de la Sociedad, en todos sus rangos y acepciones.

A. J. B.

JERUSALÉN

NADA más á propósito en la época del año en que la humanidad conmemora los pasos cruentos del sacrificio del Hijo del Padre y del Espíritu Santo, que hablar de algo que con él se relacione. Por esto es que hoy pretendemos dirigir nuestras miradas á la asiática región donde se realizó el que puede llamarse *misterio de la Cruz*, para contribuir, en lo que podamos, á la

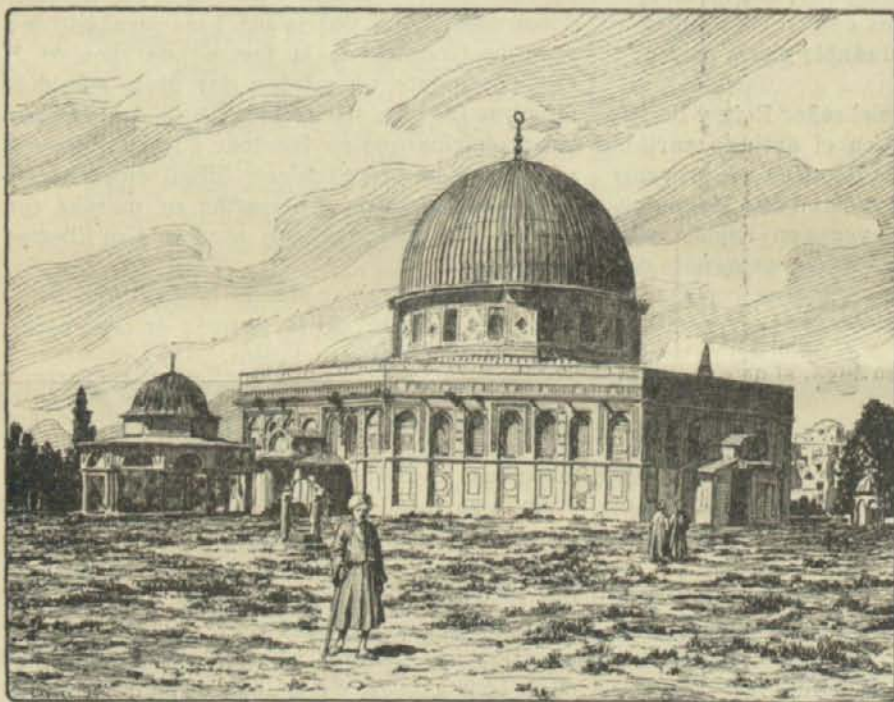
pierta, á pesar de lo muy abatida que se encuentra en la actualidad.

Los musulmanes, para quienes aquella ciudad nada representa, no han tenido inconveniente en profanar cuanto para el orbe cristiano Jerusalén engloba, y han edificado en ella multitud de mezquitas, cuyo conjunto se conoce con el nombre de El-Haram, en el que descuella el templo de Omar (El-Sakhara-Halah), formando una especie de ciudad religiosa, ciudad postiza, por decirlo así, que se gobierna por un jeque y algunos funcionarios altamente considerados.

En parangón con las altas cúpulas del templo de Omar, nótese la del Santo Sepulcro, que constituye el núcleo del barrio cristiano, y que podríamos llamar verdaderamente antiguo. Al igual que los demás, tiene sus calles tortuosas y estrechas, de extremado declive y abovedadas; de modo que en totalidad

constituye una enorme masa de edificios de pesadas formas cuadradas sin ventanas ni chimeneas y que, como dice Chateaubriand, terminan en azoteas planas ó en cúpulas, y parecen cárceles ó sepulcros. «A la vista todo parecería de un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las puntas de algunos cipreses, y los zarzales de las higueras chumbas no destruyesen la uniformidad del plan.»

Véase lo que escribe un viajero acerca de Jerusalén vista á la luz de la luna: «Esta noche, en que



Mezquita de Omar.

elevación del espíritu para considerar la trascendencia de la horrible prueba á que, en holocausto del hombre, se sujetó el Redentor; y pues tales hechos se realizaron en la Ciudad Santa, de ella vamos á hablar.

Jerusalén, población frecuentada hoy día por millares de peregrinos que afanosamente á ella acuden de todas partes para extasiarse ante la contemplación de lo más sublime que encierra el mundo, por lo que vale y por lo que representa, hállase poblada de judíos, armenios, griegos, abisinios, coptos, italianos, españoles, portugueses, alemanes, franceses, rusos é ingleses, que allí han encaminado sus pasos para ver una comarca tan tristemente célebre y que tanto interés des-

el astro nocturno se halla cerca del plenilunio el efecto resulta fantástico. Parece que haya caído sobre Jerusalén una espesa capa de nieve, resaltando con brillantísimo vigor sobre las sombras. La enorme torre de David álzase arrogante sobre sus colosales basamentos, dominando con su mole las plateadas almenas y las robustas murallas en que se abre la puerta de Jaffa. Jerusalén parecería una gótica ciudad del Norte transportada milagrosamente aquí, si no diesen testimonio en contrario las palmeras que se yerguen por encima de donde está la piscina de Ezequías. La ciudad está sumida en hondo silencio; sólo el ladrido de algún perro ó el agudo toque de una trompeta turca rompen el sepulcral mutismo de Sión.»

No podríamos terminar nuestra tarea en un solo artículo si nos propusiéramos reseñar todo cuanto de notable encierra Jerusalén; solamente



Calle de la Amargura.

ligeras indicaciones habrán de bastar, en gracia á la brevedad, para formarse idea, si no exacta, al menos aproximada de lo que sobresale en la ciudad que Tito arrasara, que, aparte de la Vía Dolorosa, Monte-Sión, Monte de los Olivos, etc., se concentra en la Basílica del Sepulcro, construida por Santa Elena, pues engloba todos los Santos Lugares.

Penetrando en el Sagrado recinto por la única puerta que tiene, y salvada la sala de los pórticos turcos, éntrase en la capilla llamada del Angel, en la cual fué anunciada á las tres Marías la resurrección de Cristo, desde donde se pasa á la capilla en la que se guarda el sepulcro del Redentor, rotonda ceñida por 17 arcadas, é iluminada por una inmensidad de lámparas que no se apagan nunca, y cubierta la cavidad de la Santa tumba por una tabla de mármol blanco.

Existen, además, las capillas dedicadas á la Virgen, á la Magdalena y á la conmemoración de hechos de la Pasión de Jesús. Una escalera estrecha, de veinte peldaños, conduce al Calvario, monte en el que el Divino

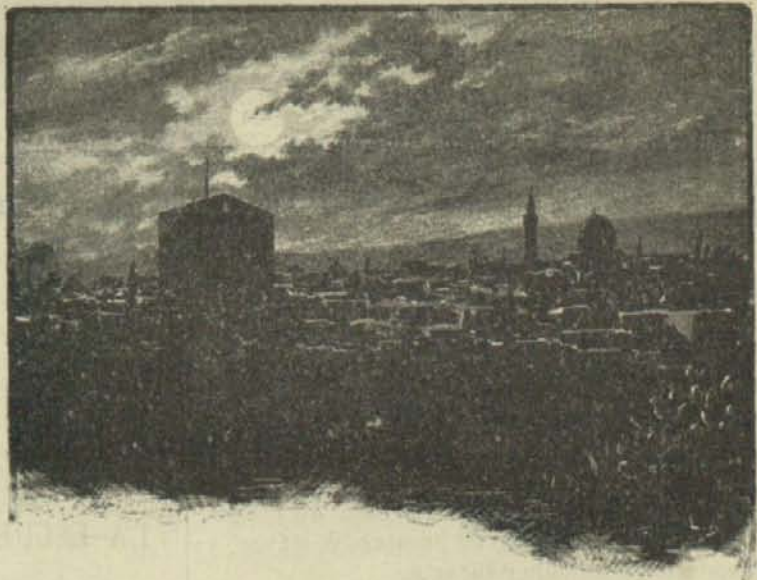
Maestro pronunció, pendiente del Sagrado madero, sus últimas palabras.

Un silencio profundo reina continuamente en todos los ámbitos de la Basílica: todo en ella es severo y hasta la escasez de luz que se nota contribuye á dar tintes magníficamente sombríos á las diversas partes del edificio. No son dables, en su interior, profanas distracciones: sólo parece permitir un desahogo al alma de los visitantes: la oración.

Aun hasta el año 1807, se veían, debajo de la capilla del Santo Sepulcro, las tumbas de Godofredo de Bouillón y de su hermano Balduino, desaparecidas á causa de un incendio ocurrido en el mencionado año, resultado del cual fué también la caída de la cúpula con la parte superior de la nave y la destrucción de todos los altares situados en el Calvario.

Desconocida es la causa del incendio, que se supone intencionado, pues sobre este punto existe dualidad de opiniones; mientras unos atribuyen á los griegos tal profanación, otros la achacan á los armenios á fin de poder llegar por tal medio á la reconstrucción de la capilla. Sea como fuere, lo cierto es que pocos meses más tarde los griegos reedificaron el Santo Sepulcro que perdió su factura primitiva, toda vez que las columnas corintias que sostenían la cúpula fueron substituídas por unas pilastras que borran su anterior elegancia.

Jerusalén está rodeada de importantes monumentos que evocan grandes recuerdos. El sepul-



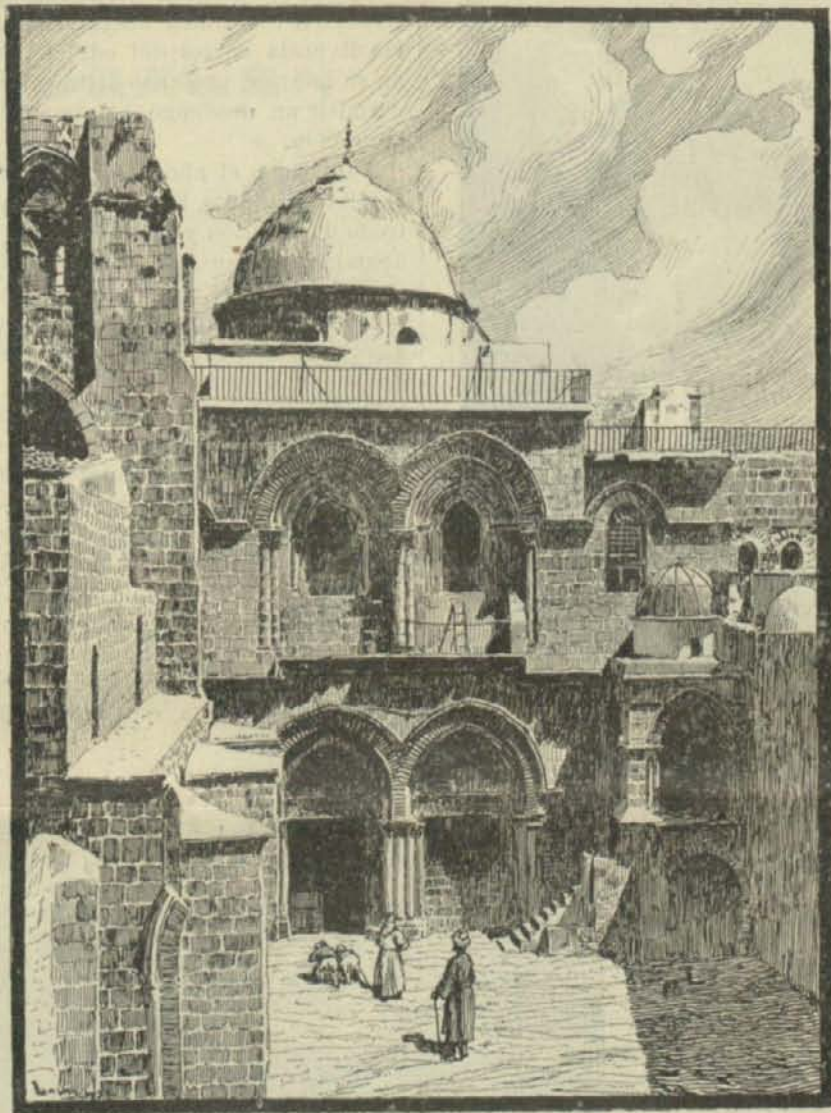
Jerusalén á la luz de la luna.

cro de la Virgen, en el seno de una roca que alberga también las sepulturas de Santa Ana, San Joaquín y San José. Besando el primero de estos monumentos encuéntrase el Huerto de los Olivos,

con ocho de estos árboles que, según la tradición, existían ya cuando ocurrió la muerte de Jesús.

El cementerio de los judíos se halla en el valle de Josafat, caracterizado por su triste aspecto; y

en la parte oriental se observan el monte Olivete y la montaña del Escándalo, así llamada á raíz de la idolatría de Salomón, de color rojizo obscuro y casi peladas, no presentando más que algu-



Fachada de la Basílica del Santo Sepulcro.

nas negras viñas agostadas, acebuches é hisopos y vestigios de pequeñas edificaciones.

Al extremo del valle de Josafat existe la fuente de Siloe, que mana de tres en tres días, y cerca de ella, hacia Levante álzase la montaña de Sión, parte de la cual se introduce en la Ciudad Santa, y en cuya cúspide se ven las ruinas del Cenáculo, convertido en mezquita, de la casa de Caifás, hoy iglesia y monasterio de Santiago el Mayor, y del sepulcro ó palacio de David.

Para terminar, diremos con un reputado escritor: «Al ver la tristeza de Jerusalén, de cuya ciudad no se eleva humo alguno, ni sale ruido de ninguna especie; al contemplar la soledad de las montañas, en que no se vé ni un solo viviente; al ver el desorden de todos los sepulcros caí-

dos, hechos pedazos, semiabiertos, no parece sino que la trompeta del Juicio ha sonado ya, y que los muertos van á resucitar en el valle de Josafat».

A. RIVA DE PERLÁ.

LA ESCUELA EN EL EXTRANJERO

Enseñanza patriótica

Los americanos se preocupan cada vez más de la educación del patriotismo. Entienden perfectamente que el patriotismo no se enseña, á la manera de la aritmética ó de la gramática, con leccio-

nes didácticas. «Lecciones de forma sobre la moral y el patriotismo, generalmente no valen nada. Penetrad en una clase en el instante que el maestro anuncia que va á dar una lección moral y veréis seguramente á las niñas tomar un aire lánguido y á los varones contemplar las mangas de su blusa, mientras que el profesor declama solemnemente sobre la fragilidad de la naturaleza humana en general y de los chicos en particular.... Al contrario: conversaciones familiares sobre los incidentes de la vida de la escuela, narraciones morales extraídas á la historia, interesan á los niños y producen en sus espíritus un efecto duradero.

Lo mismo el patriotismo se enseña más eficazmente por incidencia, que por medio de lecciones didácticas. El patriotismo es, sobre todo, un sentimiento del niño, y es preciso que el espíritu de la escuela lo sostenga y lo fortifique. Se recomiendan con este fin los cantos, los himnos patrióticos, la lectura de los libros de historia donde se relatan los acontecimientos importantes que han contribuido á fundar el poder de la nación, las nobles acciones, las muertes heroicas de los hombres ilustres. Una buena práctica se dice que es la de consagrar un mes entero al estudio de un gran carácter.

La celebración de aniversarios históricos es más frecuente que en otras partes. Los americanos festejan el nacimiento de Washington, Jefferson, de Lincoln y otros más, la declaración de la independencia, etc. Es lo que llaman los días de la bandera, *Elags Days*, en que enarbolan en la escuela la bandera nacional de las cuarenta y cinco estrellas. En una escuela de Massachusetts, hay hasta veintidós días conmemorativos de ese género. Y no se contentan con recordar los nombres de los héroes; se exponen sus retratos, cuadros que representen sus residencias favoritas. Se quiere que el niño, para que mejor los ame, se familiarice con su fisonomía, su vida interna.

Los días de fiesta no son necesariamente días de asueto. Se ha reconocido, en Chicago especialmente, que no era conveniente dejar á los niños vagar por las calles y usar sin provecho de una libertad cuyo sentido y razón no se les ha explicado. Se dice que la mayor parte no comprenden lo que significa ese día extraordinario, y así no sacan ninguna ventaja moral de una conmemoración cuyo verdadero significado, no se les ha dado á conocer. Y por esto es que en Chicago se retienen los niños en la escuela el «día de Lincoln» para explicarles y contarles la vida y la muerte de este hombre célebre.

Pero las fiestas de la bandera que agitan las tiernas manos de los niños, los himnos patrióticos que cantan las voces infantiles, todo eso es nada más que el principio. Cuando el niño ha crecido, es menester que el «sentimiento» patriótico se transforme en «principio» patriótico y por eso

«aprecia» y «se informa», esto es, que se da cuenta de la historia de su país, de sus instituciones políticas, de sus obras literarias, de su actividad económica. «El verdadero patriotismo, dice un escritor americano, no consiste en fanfarrias de aclamación, en fanfarronadas nacionales. Resulta aquél de una justa apreciación de lo que es nuestro país en su espíritu de libertad, en sus instituciones y sus leyes, en su forma de gobierno, su espléndido dominio, sus bellezas naturales su rango entre las naciones y su triunfante marcha hacia adelante.»

No hay solamente fiestas patrióticas. Existen también las fiestas de la naturaleza. La escuela americana tiene su poesía. Los recuerdos de las glorias nacionales y las bellezas de la naturaleza, ¿no es lo que más conviene para encantar el alma del niño? Se celebra en Washington, á Lincoln y á otros grandes patriotas. Pero se festejan también los «pájaros» y sobre todo el «árbol», del cual no cesan los americanos de elogiar su belleza, la influencia saludable de su follaje, de su forma y de su sombra. El «*Arbor Day*» es un gran día en las escuelas de los Estados Unidos; los periódicos publican con esta ocasión números especiales para ayudar á los maestros á organizar la fiesta. Y esto no es más que un ejemplo del instinto naturalista que impulsa á los americanos á desarrollar en el niño el amor del mundo físico. Quieren que se familiarice con todas las contemplaciones pintorescas de los alrededores de su país natal; que conozca todos los arroyos, todas las fuentes; que «sufra las influencias silenciosas» de la naturaleza; que abra en fin, sus ojos á esos espectáculos que serán fuentes de placer para el resto de su vida.

PENSAMIENTOS

El alma no puede ser percibida, sino por los ojos del espíritu.

Platón.

Mientras quería pensar que todo era falso, era necesario que yo que lo pensaba fuese alguna cosa.

Descartes.

El estudio más digno del hombre es el hombre mismo.

Malebranche.

El hombre no sólo quiere saber lo que es; quiere principalmente saber lo que debe ser; y quiere saber lo que será.

Saint-Hilaire.

En el buen orden del pensamiento filosófico entra una gran parte de prudencia, muy semejante á la conducta práctica.

Balmes.

EL DIVINO MAESTRO

CUADROS DE LA VIDA DE JESÚS



Extractados del Evangelio por D. *Ildefonso Fernández y Sánchez*, con un prólogo de D. *Cecilio Navarro*, obra aprobada por la Autoridad eclesiástica, previa revisión del M. I. Sr. D. *CELESTINO RIBERA*, Canónigo de la Catedral Basílica de Barcelona. — Forma un volumen en 4.º mayor, de 144 páginas de papel satinado, con 8 cromos y 60 grabados en negro, encuadernado con cubierta en cromo y oro, litografiada por *Comelerán*. — Su precio 2'50 ptas. — La docena 20 ptas.

Puntos de suscripción

y venta de los productos de esta Casa Editorial

En Barcelona, *Antonio J. Bastinos*, (Concejo de Ciento, 306); en la Librería de *Julián Bastinos*, (Pelayo, 52); en esta ciudad y en los demás puntos de España y Ultramar, en las principales Librerías, especialmente en las dedicadas al ramo de libros y material de Instrucción.